

¿México bárbaro?

[Damos a nuestros lectores un capítulo inédito de la novela *Lo Imprevisto*, que en breve publicará Xavier Icaza, de México. Los capítulos anteriores, resumidos, dirían:

Susana recibe una carta de su esposo (comisionista francés, soldado en la Guerra Mundial). La carta la retrae bruscamente a la realidad: dificultades económicas, su sed de lujo la habían convertido en amante del rico banquero Rentzal.

Susana se preocupa: la carta anuncia el próximo término de la guerra, el consiguiente regreso de su esposo; sin embargo, su carácter frívolo la hace olvidar sus preocupaciones. Grave enfermedad de su hijita la lleva con su amante a pasar una temporada a ANSALDO, rancho inmediato a la ciudad de México. En él, hace vida tranquila: pasea por el campo, hace caridades, acompañada de Hesiquio, el administrador, antiguo estudiante fracasado, lleno de despecho, pero hábil e hipócrita cortesano.

En el campo, se relaciona con una honrada familia de rancheros: doña Lupe, Lupita, Challos, todas buenas, afables, comprensivas, que saben disculpar a Susana, tratarla con cariño.

Durante su permanencia en ANSALDO, les llega como huésped Fernando, sobrino y ahijado de Rentzal: es un estudiante puritano, tímido, torpe, ingenuo. Susana se propone «sacarlo de sus casillas», avivarlo, flirtear con él. Con el pretexto de hacerlo conocer el país, lo lleva al jaripeo, muy apropiado para desarrollar sus planes].

I.—El jaripeo

FERNANDO accedió gustoso a concurrir al jaripeo: las fiestas charras eran de lo que le interesaba del México pintoresco; los charros, los toros, la revolución resumían su concepto de México; de la revolución su aspecto agrario, el que desde el extranjero aparecía más importante. Su actitud al regresar era la del inglés que llega a una colonia: después de dar por admitido que se trata de un país inferior, se estudia, por curiosidad, el carácter del pueblo, sus costumbres: lo pintoresco les atrae.

Se celebraba la fiesta del patrono del pueblo. En las afueras, se había improvisado un corralón; las rancheras más guapas fungirían de madrinas, en un tablado, cubierto con lona; en otro, unos trovadores «amenizarán el acto, con escogidos números de su repertorio».

Acababa un romance, de los que el pueblo llama *corridos* o *tragedias*, cuando llegaron Susana y Fernando con Hesiquio:

.....
La de Macario Romero

Lupita, una de las reinas, luego que los divisó, los hizo invitar al palco: subieron; Fernando estaba en ascuas; Susana se divertía en mortificarlo: lo obligó a saludar a todos; lo presentó como a un pariente de su esposo. Fernando asentía siempre; Hesiquio sonreía burlesco. Doña Lupe sentó a Susana junto a ella; Susana le hizo sitio a Fernando; Lupita supo componérselas de modo que Hesiquio quedara a su lado; Challos avizoraba con ansia entre el grupo de charros que aguardaba su turno para el concurso; entre ellos, debería encontrarse su rancho.

Las señoras se comían con los ojos

a Susana, de la que mucho se murmuraba ya; las muchachas, a Fernando; unas le hallaban guapo, otras, desabrido. Los comentarios provocados por la llegada de la pareja se mezclaron a los de la tragedia: las mujeres se movían de Macario, le defendían los hombres; los viejos comparaban el *corrido* con otros. Preludieron de nuevo las jaranas y las arpas. El pueblo protestó: *Ya es mucha canción*, gritó alguien; los trovadores no insistieron. El grupo de charros se animó; Clara suspiró satisfecha: había aparecido su Manuel en el mejor de sus *enteros*, el retinto quemado. Todas las miradas se fijaron en ella, y después en Manuel y en su caballo, en su traje de cuero, en su chaquetín recamado de plata, en su botonadura reluciente. Fernando pedía explicaciones a Susana; Susana se apresuraba a satisfacer su curiosidad; le tomaba la mano, como al descuido; él, al advertirlo, procuraba apartarla; ella la retenía, le guiñaba los ojos para subrayar sus frases.

El rancho de Clara apareció garboso en su retinto. Caracoleó el entero; jugó la *reata* con elegante y firme habilidad. El aplauso estalló cálido, espontáneo; se oyó la diana, se repitió: la ovación era interminable. El charro, seguro en su caballo, saludaba a todos y miraba orgulloso a su rancho. Clara se arrancó una amapola, se la arrojó, después de besarla.

Manuel, con maestría, hizo arrancar violento a su retinto y en el aire cogió la flor y la prendió feliz en el ojal de su chaqueta. La ovación fué delirante; un chusco pidió la oreja; la música repitió la diana; el rancho se retiró del redondel cejando airoso: su bestia, con el sombrero ancho en una mano, con la amapola como mancha de sangre en la solapa de la

chaquetilla. Susana no perdió un detalle de lo que hacía Manuel; le enamoraba su hombría, su elegancia varonil y severa. Fernando estaba desconcertado: no entendía el mérito de Manuel, ni, por lo mismo, el entusiasmo de la concurrencia y menos todavía el de Susana. La alegría era general: el sol quemaba las cabezas y hacía hervir la sangre; los caballos piafaban; las muchachas hacían guiños a los hombres; Susana oprimía más y más la mano de Fernando, sus piecitos buscaban inconscientemente los de él. Sólo Fernando no participaba de la embriaguez general, se sentía aislado, hasta algo incómodo; bruscamente arrancó su mano de la de Susana y su rostro tomó una expresión de engaño. Susana sonrió y en su interior nació un sentimiento de desprecio hacia Fernando: no parecía hombre; otro la hubiera galanteado; era el colmo que ella tuviera que insinuarse.

Apareció un rancho en un caballo bruto: el caballo reparaba, saltaba, se paraba de manos, giraba bruscamente, el hábil charro no se desprendía: la bestia y el jinete parecían formar un solo ser; se decía que un centaurio de dos cabezas retozaba en la arena. Las palmas estallaron de nuevo. Apenas se apagaron, un toro apareció en el redondel como una exhalación. Arremetió contra las tablas y después, con la cabeza enhiesta, se paró al centro, provocativo, buscando pelea. Varios rancheros respondieron al desafío del toro. El toro persiguió a uno, los otros le azuzaban con chifidos, a gritos, con la *reata*. Intentaron lazarlo; el toro se defendió; uno de los charros, que se había animado con tequila y cognac, juntó su cuaco a las ancas del toro y lo coleó. Fué una lucha magnífica entre la habilidad y la fuerza, la cólera y el ansia de triunfar; dominó el hombre entre la ovación delirante de los rancheros y gritos de terror en las mujeres: el toro rodó por tierra y el jinete sobre él. Los otros charros acudieron a ayudarlo; lazararon a la bestia, el triunfador se levantó cubierto de polvo, de sangre y de sudor. Las jaranas sonaron y saltó la copla oportuna, brillante:

Bien haya Ponciano el fuerte
que los toros bien colea
y viva la niña Meche
qui a Ponciano li ha podido.

Susana se hallaba absorta en ese espectáculo fuerte y pintoresco; quiso conocer al rancho: Hesiquio se lo presentó. Fernando estaba escandalizado: iba a saludar a «un indio bárbaro». Doña Lupe notó el estupor de Stulz aunque sin explicarse la causa,